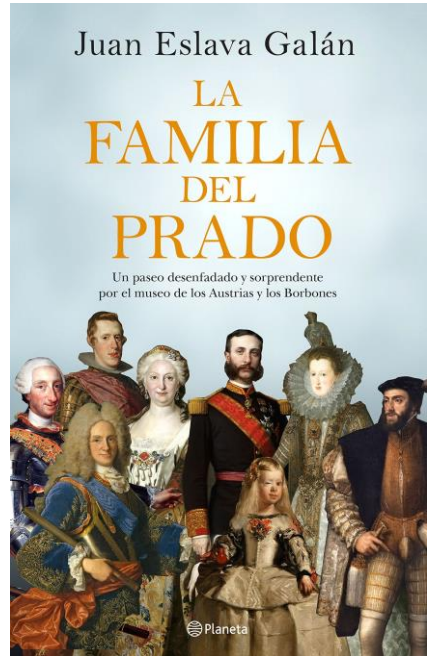


**El Museo del Prado: 200 años
de historia y arte /
The Prado Museum: 200
Years of History and Art**

Alina Țiței

Juan Eslava Galán, *La familia del Prado. Un paseo desenfadado y sorprendente por el museo de los Austrias y los Borbones* / *The Prado Family: A Carefree and Surprising Walk Through the Museum of the Habsburgs and the Bourbons*, Editorial Planeta, Barcelona, 2018, 448 págs.



En 1819, el Real Museo de Pinturas y Esculturas, hoy en día el mundialmente reconocido Museo del Prado, abrió sus puertas al público. Dos siglos después, la que por muchos es considerada la mejor pinacoteca del mundo sigue acogiendo en sus exquisitas galerías a los amantes del arte. Entre ellos está Minerva, nieta del escritor Juan Eslava Galán y la más joven benefactora del museo; el especial interés que en cada visita la pequeña demostraba por los retratos monárquicos allí expuestos, así como las deliciosas conversaciones que mantenía con su afamado abuelo mientras paseaban por entre los multiseculares lienzos echaron la semilla del libro que nos ocupa: *La familia del Prado*. Porque, efectivamente, el museo no solo alberga uno de los acervos artísticos más valiosos en el mundo, sino que además refleja, a través de sus retratos reales, los intrincados lazos de parentesco que unen a las dos dinastías que han regido los destinos de la nación española desde hace cinco siglos: los Austrias y los Borbones¹.

En su 200 aniversario, el Museo del Prado encuentra en este «álbum familiar» del autor jienense su más que singular homenaje. Con su habitual e inimitable mezcla de rigor histórico, «sabia erudición», didactismo mesurado y humor cómplice, a lo que se suma lo ameno de su arte de contar y la «ironía

¹ Las citas textuales y las paráfrasis se basan en la obra reseñada.

inteligente», lo desenfadado de su lenguaje (inclusivo, además, dicho sea de paso) y lo sorprendente de su anecdotario, Eslava Galán nos ofrece un apasionante recorrido no tanto por la historia oficial de España, sino más bien por la historia privada de sus peculiares protagonistas cuyas figuras engalanan las paredes del museo. Se trata, en efecto, de «una historia del día a día [...] de sus reyes, esposas e hijos, pero también de personajes ilustres, pintores, amantes y plebeyos», una especie de buceo existencial en lo más íntimo y recóndito de todo un abanico de personajes, a cuál más estrafalario y quizás por ello mismo también más humano.

Documentado en testimonios históricos de la época, pero asimismo en los informes repletos de cotilleos, chismes y habladurías cortesanas de los embajadores italianos y franceses, el ensayo se revela, sobre todo para el lector extranjero, como una oportunidad inmejorable de acercarse a la historia de la monarquía española; y esto no solo por la accesibilidad del lenguaje, sino también por la claridad y sencillez del enfoque: circular y cronológico. Así, el periplo real se abre y se cierra con una estampa de los Borbones actuales, llevando al lector a adentrarse de puntillas, siglo tras siglo, en la intimidad de algunos de los personajes más fascinantes que ha dado la historia de España.

Sin embargo, no es la exposición cronológica lo único que enlaza a las ilustres figuras reales presentes en el libro; otro es el aspecto que quizás destaca como hilo rojo de la obra y también de la historia particular de casi todos los monarcas españoles —sus manifiestas taras físicas y psíquicas, su dramático «colapso genético» provocado por la consanguinidad de los enlaces reales. El característico prognatismo austriaco o la prominente nariz borbónica se asoman insolentemente desde los retratos que integran la espléndida colección de pintura del Prado: «*su mayor fealdad era la boca, porque tenía la dentadura tan desproporcionada con la de arriba que los dientes no se encontraban*» (Carlos V), «[...] más alto que bajo, no mal parecido, rubio, pálido, con bellos ojos azules orlados de largas pestañas y boca proporcionada *si no la descompusiera el típico belfo de los Austrias*» (Felipe III), «lo invariable es la expresión de aletado, *la mandíbula eminente y el belfo desmayado* [...]». Lo estropeaba cierta cara de pez, larga y pálida, con *el belfo rojo caído*» (Felipe IV), «[...] una nariz enorme que le caía sobre el *labio flojo de una mandíbula fieramente prognática*», «[...] *el labio inferior típico de los Austrias* [...]» (Carlos II), «hubiera sido hasta guapo si no fuera por *la gran nariz borbónica*» (Luis I), «[...] feo, ojos ahuevados, *enorme nariz borbónica* [...]» (Carlos III), «[...] sonrosado y regordete, quizá un pelín feminoide [...], con su mínima cabeza, su frente huidiza, sus ojos vacunos y su *enorme nariz borbónica*» (Carlos IV) y así en adelante.

Además, Eslava Galán no se limita a evidenciar únicamente las muy poco agraciadas facciones de los Austrias y los Borbones, sino que además indaga minuciosamente en sus «conductas viciosas o erráticas»: «Carlos V

era bulímico; Felipe II era obsesivo compulsivo; su hijo el príncipe Carlos, psicótico sádico; Felipe III, ludópata; Felipe IV, adicto al sexo; y Carlos II, al chocolate»; Felipe V era maníaco-depresivo con trastorno bipolar, hipocondriaco y también adicto al sexo; Fernando VI «tenía cierta propensión a la melancolía que, en su vejez, degeneró en franca locura», mientras que Carlos III practicaba la caza de manera compulsiva; Carlos IV, al parecer, era bastante corto de entendederas; Fernando VII era «vil, canalla, rencoroso, miserable, taimado y desprovisto de escrúpulos»; Alfonso XII padecía de tuberculosis, al tanto que Alfonso XIII, antojadizo y vanidoso, «se inclinaba menos por el trabajo que por el ocio señorial, los automóviles, los caballos, la caza, los deportes elitistas y el fornicio»...

Por supuesto, del exquisito álbum pradense no podrían faltar las reinas y las princesas, autóctonas o extranjeras, las más de las veces unas desdichadas criaturas destinadas solo a «anudar alianzas políticas» y a asegurar la «continuidad del linaje real». Desde figuras históricas tan familiares como Isabel la Católica, Juana I «la Loca», María Tudor «la Sanguinaria», Isabel de Farnesio, María Luisa de Parma o Isabel II hasta las poco conocidas o casi olvidadas de entre las cuales Eslava Galán rescata a María Isabel de Braganza, segunda esposa de Fernando VII y fundadora del que, a la postre, se convertiría en el Museo del Prado, el escritor se da a la tarea de ser el cronista no oficial de sus ajetreadas y muy a menudo desventuradas existencias. Con diestras pinceladas, el autor va esbozando toda clase de perfiles femeninos, en un logrado intento de plasmar no tanto a los personajes regios, sino más bien a las mujeres de carne y hueso: la celosa Isabel la Católica, la enajenada Juana de Castilla, la bellísima Isabel de Portugal, la dulce y gentil Isabel de Valois, la bondadosa Ana de Austria, la paciente Isabel de Borbón, la devota Margarita de Austria-Estiria, la ambiciosa y astuta Mariana de Neoburgo, la «eficaz gobernadora» María Luisa Gabriela de Saboya, la culta pero calculadora Isabel de Farnesio, la poco refinada Luisa Isabel de Orleans, la «sabia consejera» Bárbara de Braganza, la lujuriosa y taimada María Luisa de Parma, la ingenua María Josefa Amalia de Sajonia, la rapaz María Cristina de Borbón y Dos Sicilias, la «ninfomaniaca y bulímica» Isabel II, la virtuosa María Cristina de Habsburgo-Lorena o la elegante mas fría Victoria Eugenia de Battenberg...

Ahora bien, aparte de las microbiografías reales, Eslava Galán dedica también algunos capítulos a personajes clave de la corte, como el duque de Lerma, valido de Felipe III, y el conde-duque de Olivares, valido de Felipe IV. Gozando de poderes ilimitados que los colocaban incluso por encima de los propios monarcas, el primero es recordado sobre todo por su desmesurada codicia y afán de medro —artífice del primer «pelotazo inmobiliario» de la historia de España, transigente con el cohecho y la corrupción—, mientras que el segundo, quizás demasiado arrogante y soberbio pero no obstante «un hombre de Estado de gran talla, que vio con claridad los problemas de

España, que advirtió la decadencia del poder de la monarquía y quiso frenarla”», queda como el que tuvo el empeño de reformar, reeducar, modernizar, en suma, de europeizar España. Ambos hacen valer su autoridad y grandeza, cual soberanos todopoderosos, mediante los retratos ecuestres que adornan las galerías del Prado: *Retrato ecuestre del duque de Lerma* (Rubens, 1603) y *Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, a caballo* (Velázquez, 1636).

Sin embargo, este impresionante álbum familiar no habría sido posible si no fuera por los grandes maestros de la pintura cuyas magníficas obras tenemos hoy el privilegio de admirar. Así, en unas cuantas páginas que nos transportan a la atribulada España del siglo XVII, el escritor hace revivir al sevillano Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, aposentador y pintor del rey Felipe IV, cuya majestuosa figura esculpida en bronce invita hoy, desde la entrada principal del Prado, a disfrutar de «la más completa galería pictórica del mundo». Naturalmente, un capítulo va dedicado también a su obra cumbre, *Las meninas* o *La familia de Felipe IV* (1656), que «reproduce la irrupción de la infanta Margarita de Austria, de cinco o seis años de edad, y sus cuidadoras o *meninas* en el Cuarto del Príncipe del Alcázar de Madrid, a la sazón estudio de Velázquez, que en ese momento está retratando, en el gran lienzo que tiene delante, a los reyes Felipe IV y su esposa Mariana de Austria...». En la línea cronológica del ensayo, Eslava Galán se detiene asimismo en otro grande de la pintura española y universal: Francisco de Goya y Lucientes, pintor de cámara en la corte dieciochesca de Carlos IV. El interés del autor se centra en los cuadros más famosos y controvertidos del artista —las *Majas* (1795-1808)—, pero igualmente en dos retratos colectivos, *La familia del infante don Luis* (1784), una «apacible escena doméstica» protagonizada por el hermano menor de Carlos III, y *La familia de Carlos IV* (1808), «un homenaje explícito a *Las meninas* de Velázquez porque el propio Goya aparece a la izquierda un poco en la penumbra, empuñando sus pinceles frente al lienzo».

Más aún, para que el lector tenga una imagen cabal acerca de los personajes históricos que van desfilando ante sus ojos, el libro de Eslava Galán recoge, en unas preciosas páginas a todo color, los árboles genealógicos de las dos dinastías, donde además se puede apreciar la colección filatélica Reyes de España, y una serie de reproducciones de los óleos que los representan y que en su mayoría se conservan en el Museo del Prado. Amén de los ya mencionados, convendría señalar algunos de los más simbólicos que el propio autor destaca mediante comentarios más o menos extensos, como, por ejemplo: *Carlos V en la batalla de Mühlberg* (1548), obra maestra de Tiziano, junto a *Isabel de Portugal* (1548), el retrato de la adorada emperatriz; *Felipe II* (1573), el elaborado retrato del «rey Prudente» a cargo de la pintora italiana Sofonisba Anguissola; *María Tudor, reina de Inglaterra, segunda mujer de Felipe II* (1554), realizado por Antonio Moro;

Felipe III (1606), «la pintura más fantásiosa del Prado», por Juan Pantoja de la Cruz; *Felipe IV* (1653), «el retrato oficial del monarca» plasmado por Velázquez; *Carlos III* (1765), el inmisericorde retrato del Rey Albañil a cuenta del alemán Mengs; *Fernando VII* (1814-1815), la viva imagen de la traición y la vil impostura reflejada por Goya; o, por fin, el atípico *Retrato de la familia de Juan Carlos I* (2014), por Antonio López, «el más diestro pintor de almas desde Goya», hoy en el Palacio Real.

A fin de cuentas, esta interesantísima intrahistoria real, entreverada más de una vez por episodios que hacen descollar a personajes tan variados como el marqués de Esquilache, la princesa de Éboli, Antonio Pérez, secretario de Felipe II, la princesa de los Ursinos o Manuel Godoy, valido de Carlos IV, resulta ser un fiel retrato a tamaño natural de la sociedad de cada época, un verdadero «archivo de la historia de España y documento vivo de la cultura occidental», con sus modas gastronómicas y vestimentarias, sus actividades diarias o de ocio. Un real paseo que realmente vale la pena.